



## "LA NIÑA QUE SE ENTREGO A DIOS"

*M<sup>re</sup> Carmen*  
*[Signature]*

### *Niña pequeña, donación grande*

Entre todas las historias de «los que dan con alegría», la primera que publiqué en HOSANNA (mayo 1942) fue la de Mari Carmen González-Valerio y Sáenz de Heredia. La lectura de su vida me deja admirado ante las predilecciones de Dios y la heroica aceptación d una niña.

LAS PREDILECCIONES DE DIOS... Una encantadora belleza infantil en un gracioso rostro sonriente, enmarcado por cabellos rizados e iluminado por ojos negros que parecen mirar más allá y más arriba de lo que están viendo... Una exquisita formación humana y religiosa por parte de sus padres, intensamente cristianos y enamorados de los cinco hijos, entre los cuales ocupa el segundo lugar, nacida el 14 de marzo de 1930, bautizada con los nombres de María del Carmen del Sagrado Corazón, y familiarmente llamada «Mari Carmen»... Una inteligencia ordinaria para los estudios; una sensibilidad extraordinaria para las penas de los demás; un sentido, también extraordinario, del pudor, ese ángel guardián de la castidad; un horror grande a la mentira; un amor grande al cumplimiento del deber; un amor grande a sus padres, a sus hermanos, a todos los que con ella se relacionaban...

¡Y todo eso, con ser tan bello y tan valioso, no es nada más que el estuche! La joya vale infinitamente más, porque la joya es... Dios mismo. Dios viviendo en el alma de Mari Carmen, desde que fue bautizada a las pocas horas de nacida; Dios, atrayéndola hacia la santidad con tanta suavidad y tanta fuerza, sobre todo desde que fue confirmada y recibió la Primera Comunión, que un Sacerdote, habiendo recogido sus confidencias durante unos Ejercicios espirituales en el Internado de Zalla, quedó tan admirado, que dijo luego a una Religiosa del mismo colegio: «*Esa niña está llena del Espíritu Santo*».

MARI CARMEN CORRESPONDIO a esta plenitud de predilecciones. Y si alguien se pregunta qué obras santas pudo realizar una niña que murió a los nueve años, encontrará esas obras en numerosos artículos publicados en revistas y periódicos; en varios libros, y, sobre todo, en el reconocimiento oficial de la Iglesia que abrió el Proceso Informativo sobre la fama de Santidad, Virtudes y Milagros de esta Sierva de Dios, el 11 de julio de 1961, en el Palacio Episcopal de Madrid; lo clausuró felizmente y lo transmitió a la Sagrada Congregación para el Culto de los Santos, en Roma, que lo aprobó en 1985 y ahora se espera que próximamente se estudie la «*Positio super Virtutibus*» entregada en 1989 en la misma Congregación y así el Santo Padre podrá declararla «*Venerable*».

Por ahora, se guardan en secreto los «*Declaraciones*» de las personas que conocieron a Mari Carmen y que fueron llamadas al Tribunal Eclesiástico, como testigos del Proceso. Cuando estas «*Declaraciones*» sean publicadas —según uno de los jueces del mismo tribunal—, «*se conocerán maravillas de Mari Carmen*».

Las maravillas de su amor a Jesús buscando en el Sagrario, recibido en las fervientes Comuniones que comenzaron cuando sólo tenía seis años, e inmolándose con El en cada Misa, que —como escribió una de las Profesoras—: «*por nada del mundo quería perder*»; maravillas, que inspiraron una frase acertadísima al cardenal Cicognani, entonces Nuncio de Su Santidad en España: «*Esta niña es un milagro de la Eucaristía*».

Las maravillas de un recato angélico, hasta el punto de no aceptar, sólo porque no tenía mangas, vestidos preciosos que hubieran encantado a cualquier niña de su edad.

Las maravillas de una caridad sin fronteras, que gozaba dando sus pocos dineros, no para comprar dulces o juguetes, sino para socorrer a los necesitados, para ayudar a las Misiones, para repar-

tir propaganda del Corazón de Jesús. «*Mamá* —dijo a su madre, en aquellos años difíciles de la guerra española— *que todos mis "Reyes" sean para los niños pobres*».

¡Y las maravillas de su entrega! Maravillas de tal categoría, que han quedado cristalizadas en el título de uno de sus libros que contiene su historia: «*LA NIÑA QUE SE ENTREGO*».

Es que su padre, don Julio González-Valerio, caballero sin miedo y sin tacha, había sido arrancado del hogar por los milicianos de la república y fusilado el sábado 29 de agosto, 1936, fiesta del martirio de San Juan Bautista. Al despedir a su esposa, que pretendía acompañarle, mostró la fuerza de su ideal cristiano, diciéndole:

—«*No, Carmen, tú quédate con ellos; y cuando los niños sean mayores, diles que entregue la vida por Dios y por España, para que el Santo Cristo vuelva a presidir las aulas, y ellos sean educados en la fe. Y que perdono a los que me matan...*».

La niña Mari Carmen recibió esta herencia de su padre, al que admiraba y quería muchísimo. Y luego pensó muchas veces: «*Papá entregó su vida para que seamos mejores, y, perdonó a los que le mataban... También yo los perdono y... también yo me entregaré*». ¡Qué luminoso, qué atrayente, el ideal de entregarse por una causa noble...! Entregarse por la salvación de España, entregarse por la conversión de los pecadores; entregarse por conseguir la santidad, que para hacerse santo —como recordó la misma Mari Carmen a su hermano Julito, en una conversación familiar— «*hay que aguantar mucho, hay que sufrir...*»; entregarse por amor, que amar no es dar, es darse... ¡entregarse por amor a Jesús, que no hay amor más grande que dar la vida por el amado!

Y durante los solemnes Oficios del Jueves Santo de 1939, en esos minutos de comunicación íntima y silenciosa que siguen a la Comunión, se desarrolló entre Jesús y el alma de la generosa niña un diálogo de donación mutua, total, irrevocable... Era en el Buen Pastor de San Sebastián; y, al salir del templo, la abuela que solía ir con ella a Misa, advirtió en Mari Carmen una especial emoción religiosa, una consolación inusitada... Todo quedó aclarado después que ella murió, cuando leyeron estas palabras en el cuadernito de sus confidencias espirituales: «*ME ENTREGUE EN LA PARROQUIA DEL BUEN PASTOR, 6 DE ABRIL, 1939*».

La entrega queda aceptada por Jesús, y Mari Carmen no se vuelve atrás. De nuevo en su internado de Zalla, tras las breves

vacaciones de aquella Semana Santa, cae enferma: se le declara una septicemia fatal, y su madre viene para llevársela a Madrid y cuidarla en casa; es el 27 de mayo. Durante sus veinte días en la enfermería del Colegio, fue tan exquisita su conformidad con la voluntad Divina y su gratitud a las atenciones de las Religiosas, que una de éstas escribió a doña Carmen, a los pocos días de regresada la niña a Madrid: «*Ya habrás visto lo paciente que es tu hija. Aquí estuvo admirable*».

Lo que fue admirable en el Internado de las Irlandesas de la Virgen María, en Zalla, llegó a ser estremecedor en la clínica y en el hogar de Madrid: después de haberle trepanado el hueso por detrás y debajo del oído, siguieron unas curas dolorosísimas, descritas en la carta de su madre que publiqué en el número de Hosanna antes citado:

«*¡Ya lo creo que fue mártir! Las inyecciones pasaban de veinte diarias; y, entre otras enormes de suero, le ponían unas intravenosas horribles, que eran cinco diarias... Ultimamente tenían que pincharle las venas de las manos, pues en los brazos ya no quedaba sitio...*».

Además, un tumor cerebral le traspasaba la cabeza como una corona de espinas; al progresar la septicemia, se le abrieron llagas gangrenosas en los muslos; se le añadió una flebitis doble, y sabido es que aun la flebitis simple arranca gritos de dolor; tenía los labios despellejados y el paladar reseco; se pasó sin dormir casi las noches enteras de dos meses; se abrasaba en fiebre en el verano madrileño; y, no sólo cuando le hacían las escalofrantes curas, sino al moverla para cambiarle de ropa, eran tan insoportables los dolores, que todo el cuerpecito se le estremecía, se le ponían los ojos en blanco, y llegaba a perder el conocimiento...

¡Y siempre sin quejarse y sin pedir ni una gota de agua; siempre ocultando el sufrimiento propio, para que su madre no llorara; siempre víctima inocente en la aceptación, en la obediencia!...

—*Mari Carmen* —le decía el doctor—, *échate sobre el oído sano, y estate así, quietecita, para que te curemos el oído operado, hasta que te avisemos...*

Ella obedece al punto; se queda quieta en la postura que el médico le ha mandado. No se mueve, no grita que los espantosos dolores del oído enfermo se le están pasando al oído sano.

Solamente, pasados unos días, una pregunta que parece intrascendente:

—*Doctor, ¿me permite cambiar de postura?*

¡Y la orejita sobre la que había estado quieta apareció podrida por el calor, por la inmovilidad, por el contagio del oído enfermo al oído sano; tan podrida, que se desprendió del todo...!

El doctor comentaba: *Es estremecedor pensar lo que habrá sufrido esta niña.*

La madre, por su parte, explicaba cómo pudo ocurrir:

—*«Veíamos, al cambiarle la ropa, manchas negruzcas de pus... Le ponían tantas inyecciones, que a veces se salían... ¿Cómo íbamos a pensar que se le pudría el oído, cuando toda ella era una pura llaga...? Después de lavarla y cambiarle la ropa, ella volvía a la misma postura, pensábamos que estaba así más cómoda, cuando era lo contrario...».*

Toda ella era una pura llaga. Es que toda ella se había entregado. Y su entrega —como inspirada en su unión con Jesús, durante un Jueves Santo— era entrega como la de Jesús: entrega de amor al Padre para cumplir su voluntad, entrega de amor a los hombres para hacerles bien.

Por eso, en su imitación al Divino Entregado, resaltó el Primer Misterio Doloroso. «*La Oración del Huerto*»: «*Lo que más me llamó la atención —escribe una de sus enfermeras— fue que, a pesar de los grandes sufrimientos que había de sufrir, no dejaba de hacer sus oraciones ni meditación*».

Y fortificada con esta oración, lo mismo que Jesús, aceptaba el amarguísimo cáliz que el Padre le ofrecía:

—*Mari Carmen, pide a Jesús que te pongas buena.*

—*No pido eso, mamá: pido que se cumpla la voluntad de Dios.*

Lo mismo otro día, cuando decidieron, como última tentativa, hacerle una dolorosa transfusión de sangre:

—*Vamos, hija: sufre esto poquito más, para que te cures.*

—*Para eso no, mamá.*

—*Entonces, ¿para qué?*

—*Para que se cumpla la voluntad de Dios.*

Y así, siempre, desde los primeros días de su enfermedad y de las torturas a que la sometían en desesperada lucha contra la muerte.

El doctor que le hizo la trepanación, en documento oficial que firmó después de muerta la niña, hace constar su admiración por la fortaleza espiritual con que aceptaba los terribles padecimientos, y añade: «*Al comenzar la cura o la aplicación de una inyección, actos dolorosos especialmente por el estado hipersensible en que se hallaba la niña, le bastaba decir: ¡JESUS!, para soportarlos sin una queja y en una inmovilidad que jamás encontramos los médicos en enfermos de esa edad.*»

Para mejor participar en esa oración y agonía de Getsemaní, a veces la veíamos —cuentan ahora los que la visitaban— «*como aislada, recogida, alejada de este mundo, incluso en los momentos fuertes de la fiebre y del dolor.*»

Este cuidado de entrar en sí misma para mejor vivir su entrega a Jesús, convivía con el deseo de hacer bien a los demás, por los cuales se había entregado: derrochó cariño y gratitud hacia su madre y su abuela, que tanto la cuidaban; abrazó a la enfermera y le pidió perdón por haber sido poco cariñosa con la que mil veces le había pinchado; se acordó de los niños pobres y, en pleno verano, pidió que les hiciesen chaquetas para cuando les llegase el frío del invierno; finalmente, después de recibidos los últimos sacramentos con devoción angélica, paseó su dulce mirada por todos los de la familia, que la rodeaban, ansiosos de vivir los últimos momentos de aquella niña excepcional, y les dijo piadosamente:

—*¡Amaos unos a otros...!*

Es indudable que el Espíritu Santo le puso en los labios el supremo mandato de Jesús, porque también ella, en su entrega como víctima del amor, había llegado a lo supremo de la Cruz.

Pero Jesús, junto a la Cruz, siempre veía y anunciaba la Resurrección. También para Mari Carmen las alegrías y los cánticos de la Pascua Florida llegaban unidos al holocausto final. Nos lo cuenta el mejor testigo, su madre, en la carta que antes cité:

«*... ella, unos días antes, me dijo sonriente: "El día del Carmen me voy con la Virgen". No se fue ese día; pero al siguiente, me dijo por la mañana: "Mamá, hoy me muero". Yo no le hice mucho caso... Viéndola después tan endiosada, comprendí que se iba*

*para siempre. Me preguntó si quería algún encargo para su padre; y, como yo lloraba amargamente, me besó sonriendo y me dijo: "No te apures, mamáita, que yo pediré mucho por ti". Y, en efecto, desde ese día, he visto una protección especialísima del Cielo.*

*Aquella mañana la veíamos feliz... A mi madre decía: "¿No oyes qué bonito? ¡Qué bien cantan! ¿Quiénes son?".*

*Al principio, mi madre no le contestaba; y, como la niña insistía, le dijo: "Son los ángeles, Mari Carmen".*

*Y ella, muy contenta, añadió: "Sí, sí, son los ángeles que vienen por mí...".*

*Luego, juntando sus manitas, ante el asombro de todos, dijo: "¡Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía! ¡Jesús, José y María, haced que cuando muera, expire en paz y con Vos el alma mía!".*

*Quedamos todos admirados, pues nadie le había hablado ni de muerte, ni de agonía, ni de nada parecido.*

*Sin una angustia, sin una lágrima, sin un suspiro, cerró sus ojitos y su boca, a las tres de la tarde. La vestimos con el traje de su Primera Comunión y rodeamos su cuerpo de lirios blancos, que se los llevó a las veinticuatro horas como si los acabásemos de cortar. A pesar del calor sofocante de julio y de la infección tan enorme que tenía, no se descompuso nada. El forense que vino, no quería certificar la defunción, pues decía que desde luego parecía muerta, pero que aquello no era un cadáver, Tenía movilidad en todos sus miembros mejor que viva, y no tuvo ni un momento de mal olor. Yo, que no quitaba mi cara de la suya, el único olor que sentía era el de las flores que rodeaban la flor de su cuerpo, flores todas ellas recién cortadas».*

Esa flor de su cuerpo, por cuyos ojos un alma inocentísima se asomaba para mirar a los hombres y entregarse por ellos, descansa ahora en el Monasterio de las Madres Carmelitas Descalzas de Aravaca en Madrid, a pocos pasos de los dos grandes amores que en esa misma alma encendió pronto el Espíritu Santo: La Virgen María, en su advocación de Nuestra Señora del Carmen, y Jesús presente en el Sagrario.

Muchos son los «favores» que está concediendo «La niña que se entregó». Y todos esperamos verla pronto en los altares.

P. JOSE-JULIO MARTINEZ, S. J. - Ediciones EDAPOR  
(Separata del libro: «Estos dan con alegría»)

Muchas cosas se han escrito de Mari Carmen en libros y revistas. Actualmente pueden pedir información sobre ella en este Monasterio, que es el que lleva todo lo relacionado con la Causa de Canonización de esta niña, cuyos restos descansan en la iglesia de dicho Convento. Se ruega a quienes obtengan alguna gracia o favor lo comuniquen a dichas Monjas. Allí también se pueden adquirir estampas y estos

## L I B R O S

«LA NIÑA QUE SE ENTREGO A DIOS», por un Carmelita Descalzo (600 ptas. 2.<sup>a</sup> edic.).

«LA FLORECILLA DE LA VIRGEN», Por Ana María Aragón (700 y 350 ptas. 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> ediciones).

«MI PRIMERA COMUNION», por María de las Mercedes González de Paylos (160 ptas. 2.<sup>a</sup> edic.).

«VICTIMA», por Jesús María Granero, S. J. (400 ptas.).

«UNA NIÑA HACIA LOS ALTARES», por Gabriel María Verd, S. J. (150 ptas. 3.<sup>a</sup> edic.).

«JUGANDO PARA SER SANTA», por Fr. María Luis Alvarez, OCSO (200 ptas.).

«MARI CARMEN», por Teresa Resusta, R. J. M. (150 ptas.).

**VIDEO:** Vida y Proceso de Mari Carmen (2.500 ptas.), 35 minutos.



(Se hacen descuentos a Librerías, Parroquias y Colegios).

Además de los libros arriba indicados, se pueden pedir estampas y otros objetos relacionados con la Sierva de Dios...



Dirige: Postulación de la Causa.

Redacción y Administración:

Carmelitas Descalzas - Ctra. de Húmera-Aravaca - 28023 MADRID

**Boletín N.º 17**

**Noviembre 1991**

Imprime: Gráficas Pérez-Galdós  
Con censura eclesiástica.

Depósito Legal: 15.305 - 1991  
ISBN: 84 - 404 - 9.411 - 4